

El milagro chileno

Visto desde Europa, Chile sólo es noticia en la sombra de Pinochet. En parte es lógico y deseable que no se borre la sangrienta huella de un asesino que torturó a sus compatriotas, traicionó a su presidente y mancilló a su ejército. Pero más allá de los avatares judiciales de la mal fingida demencia del dictador, hay un nuevo Chile, moderno, dinámico, vibrante de creatividad cultural, en pleno desarrollo económico, en la vanguardia tecnológica de América Latina, con la democracia consolidada y unas fuerzas armadas mandadas por una ministra de Defensa, Michele Bachelet, cuyo padre fue uno de los generales ejecutados por Pinochet. Más aún: Chile es el milagro económico de América Latina y la demostración de que, según como se haga, un país puede competir y prosperar en la globalización, reducir la pobreza y mejorar las condiciones de vida de la población.

Recordemos los datos. Ponderando por precios, en 1980 Chile tenía una renta per cápita de 4.121 dólares; en 1990, de 7.135, y en el 2004, en torno a los 10.000. América Latina en su conjunto pasó de 3.622 en 1980 a 5.074 en 1990 y a 8.088 en el 2004. O sea, que la renta chilena es ahora un 20% superior al promedio latinoamericano, por encima de Argentina (9.251), Brasil (8.059) y al nivel de México (10.021). Su economía es competitiva (el sector exterior representa el 50% del PIB), atrae un flujo continuo de inversión extranjera, tiene generalmente superávit fiscal, la inflación está en los niveles de España y el desempleo es menor (en torno al 9%). Pero el frecuente error sobre el desarrollo chileno es que se atribuye a las políticas de la dictadura. Y este error ha tenido consecuencias graves en países como Rusia, donde los neoliberales de Eltsin tomaron a los Chicago Boys de Pinochet como modelo, con desastrosas consecuencias sociales. Y es que, en realidad, hay dos modelos chilenos de desarrollo: el autoritario liberal incluyente (hasta 1989) y el democrático liberal excluyente, aplicado por los gobiernos de la concertación democrática desde 1990. Los números cantan. En lo económico, el modelo democrático fue mucho más eficiente. Chile creció al 1,7% anual entre 1974 y 1983 y al 6,4% entre 1984 y 1989. Mientras que en el periodo democrático, en 1990-98, lo hizo al

7,8%, para reducir la tasa de crecimiento en 1999-2003 (por el efecto de la crisis asiática) al 2,8% y repuntar en el 2004 al 5,5%, dos puntos por encima del crecimiento previsto para América Latina. La proporción de inversión sobre el PIB pasó del 18% en la dictadura al 28% con la democracia. Pero además, el crecimiento en el periodo democrático se hizo con reparto de la riqueza. Así, el salario real con Pinochet apenas aumentó (índice de 103 en 1984-89 en comparación con una base 100 en 1970), mientras que en el periodo democrático casi se dobló (índice 180). Al final de la dictadura más del 40% de la población estaba en la pobreza. La proporción se ha reducido ahora al 20%, aún alta, pero inferior al resto de América Latina, exceptuando Costa Rica. Las condiciones de vida se han transformado positivamente para los chilenos. La educación básica es hoy prácticamente universal, la cobertura de la enseñanza media llega al 90% de la población entre 14 y 17 años, la cobertura en educación superior se ha duplicado en diez años y en estos momentos en el grupo de 20 a 29 años el 24% de la población va a la universidad, proporción similar a la de España. La mortalidad infantil y la esperanza de vida se sitúan a niveles europeos (80 años para las mujeres, 71 para los hombres). La salud pública, aún de forma precaria, cubre a la gran mayoría de la población. Más del 50% de los hogares tienen teléfono, el 23% ordenadores y el 15% acceso a internet (el 5% en América Latina). El 72% son propietarios de sus viviendas, en un país en el que el 85% de la población vive en áreas urbanas. Eso sí, la desigualdad en la distribución de la renta está entre las más altas del mundo, aunque sus efectos sobre la calidad de vida se han atenuado mucho en los últimos años por las políticas sociales de los gobiernos democráticos. Chile ha demostrado que podía crecer más y mejor con democracia que bajo la dictadura y que, además, se puede crecer y dedicar buena parte de los recursos a subir los salarios sin inflación y a mejorar las condiciones de vida de la población, financiando el esfuerzo con el mecanismo más efectivo: la subida de impuestos. Un aumento de la carga fiscal, equivalente al 2% del PIB, que se realizó en los noventa merced a la confianza política de los ciudadanos.

¿Cómo fue posible este milagro económico



**PROVIENE DE
la tenacidad y la
sabiduría de todo
un pueblo para
reconstruir la
vida sin quedarse
atrapado
en los jirones
de la tragedia**

acompañado de esfuerzo redistributivo? Por un lado, se mantuvo la orientación de liberalización de la economía y apertura hacia la globalización iniciada por Pinochet. Pero se crearon las bases institucionales y sociales para que la competitividad exterior no se hiciera a costa de la explotación de los trabajadores y la destrucción del medio ambiente. De hecho, el crecimiento sin equidad y sin democracia no era sostenible, ni socialmente, ni políticamente, ni ecológicamente. Pero al mismo tiempo, los gestores de la democracia entendieron que la prosperidad económica, mediante el incremento de productividad y competitividad, era esencial para que la gente no tuviera que elegir entre sus derechos y su supervivencia. Recordemos que hace un mes las Naciones Unidas publicaron su informe sobre la democracia en América Latina, que señala que un 55% de la población sacrificaría la democracia si esto aliviara sus problemas económicos cotidianos. En Chile, la experiencia es la contraria. La democracia ha mejorado la economía y las condiciones de vida de la gente. Y sobre esa base de triple legitimidad, económica, social, política, los demócratas chilenos han podido enfrentarse a sus fantasmas, consolidar las instituciones, recuperar su memoria histórica y llevar a los tribunales las violaciones de los derechos humanos.

Mucho queda por hacer. Una influyente Iglesia, cerril como pocas, ha conseguido hasta ahora bloquear el aborto y dificultar el divorcio, en un anacronismo flagrante. Sectores del empresariado actúan con la arrogancia de nuevos ricos y no ocultan su desdén hacia la democracia. Hay jueces para todos los gustos. La prensa se caracteriza por su conservadurismo ideológico y su partidismo político. La descentralización regional y municipal es más formal que real. La transición a la economía del conocimiento aún tiene que lidiar con un sistema educativo cuyo incremento cuantitativo no se corresponde al cualitativo. La privatización de las pensiones plantea problemas de cobertura futura en caso de crisis financiera. Pero aun así, en un mundo y en un continente como América Latina, donde es tan difícil albergar la esperanza por un mundo mejor, Chile demuestra que, sobre la base de un pacto social y político y una cultura de la negociación, aprendida a las duras, puede haber desarrollo económico, progreso social y democracia política para el conjunto de la población. El milagro chileno proviene de la tenacidad y la sabiduría de todo un pueblo para reconstruir la vida sin quedarse atrapado en los jirones sanguinolentos de la tragedia.